



Rosario, 22 de junio de 2026

A las familias de nuestro alumnado

Quiero esta vez compartirles algo que enseña Bert Hellinger (1925-2019), teólogo y psicoterapeuta alemán. No es que inventó la pólvora. Pero admitamos que cada tanto aparecen estas personas que tienen una especial capacidad para hacernos ver lo que quizá siempre tuvimos claro pero no viene mal repasar.

Hellinger describe lo que él llama principios u órdenes del amor. Me detengo en uno, al que denomina *jerarquía en el amor*. ¿A qué se refiere?. A varias cosas, y una de ellas es a que no debemos perder de vista la diferencia entre adulto y niño. Hasta aquí pensarán que es demasiado obvio o simple. Pero eso tiene sus consecuencias.

No perder de vista la jerarquía en el amar exige que:

- No tratemos al adulto como niño.
- No tratemos al niño como adulto.

Son etapas diferentes de la vida. El adulto tiene deberes y derechos propios. El niño tiene los suyos.

Enseguida se me vienen dos errores que habitualmente cometemos en el fragor del día a día, presionados por situaciones complejas o no, y sobre todo por un amor mal entendido.

● La primera

La primera es cuando pedimos al menor lo que le debíamos pedir o esperar de un adulto. Cuando sobrecargamos su mochila. Cuando ponemos sobre sus espaldas un peso que no debiera llevar. Por diversos motivos puede ser que el adulto falte o falle, pero eso no convierte al hijo en alguien que debe reemplazarlo.

Y en este sentido debemos estar atentos y ser muy cuidadosos hasta de lo que dialogamos con el niño. Hay cosas que son para conversar con adultos.





Puede haber carencias o ausencias importantes, y se entiende la dificultad, pero de nuevo: no hay que poner -al menos de modo permanente- en manos de un niño un peso o responsabilidad que lo excede y lo supera.

- **La segunda**

La segunda responde al mismo error pero yendo al otro extremo. Cuando ponemos en manos del niño la responsabilidad del adulto. Y en casa todos prácticamente nos sometemos al querer del niño, entendiendo que eso es amarlo, lo volvemos un mini-tirano al que todo se le concede, ningún límite se le pone.

Y allí está el pequeño asimilando cada vez más “derechos” y volviéndose incapaz de obedecer una norma, respetar límites o entender sencillamente que no todo se puede, que el mundo no está a sus pies, que se madura a través del esfuerzo y la dedicación.

Una pedagoga cordobesa habla de lo importante que es “educar en la falta”. Quiere decir: hacer ver a los hijos que en la vida siempre te puede faltar algo. No lo tenemos todo. Obviamente que hablamos del orden de lo material. No se trata de que le falte lo esencial, pero tampoco cometer el error de taparlos de cosas, de poner a su disposición todo absolutamente todo lo que se le ocurre. Eso no les hace bien. Llena su pieza pero los mantiene inmaduros. Muchas veces actuamos empujados por el mandato de la sociedad de consumo. Pero no está tan bueno el hecho de *que no les falte nada*.

Por otro lado, y referido al mismo error, un escritor argentino escribió que *un padre que da consejos más que un padre es un amigo*. Romántico suena pero hay que matizarlo. Un padre que da consejos es un padre. No necesito la amistad de mi hijo. Con el paso de los años se puede generar una amistad con los hijos. Pero a lo que me refiero es a cuando quiero eso de entrada, cuando en mi inmadurez me permito bajar todas las barreras y privo a mi hijo de un padre, de una orientación y lo que le doy es un cómplice, un compinche. *Me siento piola pero lo acabo de dejar huérfano de padre*.





- **Una cosa más**

Llama la atención ver niños o adolescentes incapaces de responder a un orden o a una norma. Dicho rápidamente: *hacen lo que quieren*. Alguna vez me explicaron la causa: ese chico no ha internalizado el NO, el límite. Y esto es porque en su momento no hubo un adulto responsable que le diga NO. *Nunca escuché un “no” venido desde afuera, difícil que me surja naturalmente el “no” por dentro.*

Y si dejamos que pasen unos años, capaz que ese niño se vuelve adulto, pero interiormente sigue esperando (y encima recibe) el trato de un niño. Y ahí estamos ante el caso de que en algunos hogares a un adulto lo tratamos como a un niño. No le ha faltado nada. Le hemos dado todos los gustos pero hemos formado un sujeto incapaz de salir adelante por sí mismo. Lo hemos rodeado de tanto algodón que no está preparado para tolerar la infaltable dosis de frustración con la que todo ser humano naturalmente puede vivir.

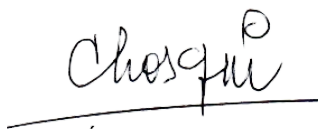
- **Concluyendo**

¿A quién se dirige esta carta?. A los adultos, entre los cuales me incluyo. Mencioné muy de pasada que tenemos dificultad para vivir el amor bien entendido. Ninguno en esta área tiene el diploma. Todos estamos día a día aprendiendo.

La pretensión de esta carta no es generar culpas. Cada uno de nosotros debe mantener una sana inquietud por tratar de vivir mejor, de vincularse más maduramente, de buscar ayuda cuando quizá las cosas no las estoy haciendo muy bien o me surgen muchos interrogantes. Y es importante también evitar la postura del que permanece en rigidez, muy seguro de sí mismo, casi inmutable, convencido de que es como es o de que no se puede hacer de otra manera. Alguna vez cierta rigidez o dureza en el fondo esconde una gran fragilidad.

Es interesante ver que a lo largo del mes de junio los católicos recordamos y veneramos al corazón de Jesús. El corazón de Jesús de Nazareth es el que latió en pasión por Dios y en compasión por todos. Esa devoción encierra muchas cosas. También una invitación a auscultar el propio corazón, a echar más luz sobre nuestros sentimientos, deseos y opciones. Vaya que tenemos un trabajo interior para hacer...

aamaya@sanjoserosario.com.ar


P. Ángel Amaya SDB
Padre Director